

## CAPÍTULO 4

# La progresiva constitución de la política moderna en el siglo XIX

*Matías Bisso*

### Introducción

Al referirse a la concepción de *Revolución Burguesa*, Perry Anderson nos recuerda que quienes poseían los principales medios de producción constituían una parte de la población demasiado escasa para llevar adelante insurrecciones masivas que pusieran en jaque al Antiguo Régimen. Esa porción burguesa fue acompañada durante el estallido de las revoluciones por una masa de maniobra “en cierto sentido externa a ella” compuesta de otros sectores que habitualmente son considerados dentro de esa burguesía –profesionales, técnicos, administrativos– y también por grupos de los sectores populares y la clase obrera que en un principio participaron como “aliados de segunda” de la clase que fijaba el rumbo y el programa de la revolución. A medida que las revoluciones fueron cumpliendo su cometido y el *enemigo común* que era la aristocracia fue derrotado o neutralizado, empezaron a quedar al descubierto las tensiones dentro de aquella alianza. En la etapa que analizamos en este capítulo, y que cubre casi todo el siglo XIX, conceptos como libertad, igualdad, fraternidad, democracia, socialismo y liberalismo fueron tomando significados cada vez más diferentes de acuerdo a quienes los definieran. Debido a diversos cambios, entre los que se destacan el crecimiento cuantitativo e identitario de la clase obrera y el auge de los nacionalismos, comenzaron a complejizarse y diferenciarse los sectores, las prácticas y los conceptos de la política moderna que habían nacido en el marco de la Revolución Francesa de 1789.

El mundo contemporáneo es el de la sociedad de clases y el análisis del desarrollo de las ideologías modernas no puede ignorar este dato. El nacimiento y la expansión de las ideas no pueden comprenderse sin incluir el accionar de los sectores sociales que sirvieron de vehículo de estas. De todas formas, esto no significa que conocer las características e intereses de cada sector nos indique automáticamente qué tipo de ideología enarbolarán, ni presuponer que cada clase social tenga siempre una visión única y homogénea del mundo. Sectores sociales y sectores políticos se relacionan íntimamente, pero no son lo mismo: ni la burguesía, ni la aristocracia, ni el campesinado, ni la clase obrera presentaron ideologías totalmente definidas y carentes de diversidad. Solamente el análisis histórico de los cambios y las persistencias ideológicas y su relación con los accionares y las experiencias de las clases pueden darnos un panorama de las

variaciones ideológicas en el marco de la sociedad contemporánea. En el presente capítulo intentaremos dar cuenta de los procesos, acontecimientos y variables significativas para el análisis de las novedades ideológicas del mundo occidental posterior a la Revolución Francesa.

## Democracia: el desafío de poner en práctica el principio de la soberanía popular

Una de las grandes novedades de la Revolución Francesa consistió en la presentación de un nuevo principio de legitimidad de los gobiernos. La transición de un *mundo religioso* a uno *racional* y *laico* incluía el postulado de que quienes gobernarán ya no lo harían por designio divino o derecho hereditario, sino de acuerdo a una nueva serie de reglas de juego basadas en la *soberanía popular*. Como bien señala Eric Hobsbawm (1997) en un principio el interés de la burguesía, que era la clase que motorizaba esos cambios, fue más *constitucionalista* que democrático; es decir, se preocupó más de elaborar un sistema de reglas que le permitieran el acceso al poder del Estado sin necesidad de demostrar un origen de sangre aristocrático, que de conseguir una ampliación masiva de los derechos políticos de la población. A pesar de ello, los cambios producidos por la doble revolución generaron la aparición de nuevos sectores que comenzaron, paulatinamente, a disputar el escenario político y a participar de lo que en la antigua Grecia se denominaba *polis*, la comunidad política. Al abrir la puerta para la ampliación de sus propios derechos políticos, la burguesía inició un proceso de ampliación democrática que ya no podría detenerse. La progresiva participación del *hombre común*, y más tardíamente la *mujer común*, en los asuntos de Estado fue uno de los procesos políticos fundamentales del siglo XIX. Esta renovación política despertó sentimientos encontrados en los extremos de las sociedades: mientras que para las clases propietarias –que procuraban tener el monopolio del poder político del Estado– se abría la posibilidad atemorizante de que las masas *incultas* llegaran al poder y generaran una situación *antinatural* de igualdad forzada, para esas éstas últimas se presentaba la ocasión de poder participar desde el Estado en la redefinición de los perfiles de la nueva sociedad moderna.

La lucha entre las visiones esperanzadas o atemorizantes sobre la democracia se hicieron patentes en la pugna por definir de qué manera debía implementarse concretamente aquel principio abstracto de la *soberanía popular*: ¿quiénes participarían de la vida política de las naciones?, ¿de qué forma lo harían y a través de qué canales?, fueron sólo algunas de las preguntas que planteó la nueva situación y que pueden resumirse en la pregunta *¿de qué hablamos cuando hablamos de democracia?* El primer problema que presenta este principio de legitimidad es que el sujeto fundamental, el pueblo, no existe sino a través de una representación aproximada. Era necesario, y lo es todavía hoy, construir una doble representación: en primer lugar, debido a que la masiva sociedad moderna dificultaba la posibilidad de un gobierno directo del pueblo, debía optarse por la elección de personas que lo representaran en los actos de gobierno. La otra representación, más compleja, tiene que ver con que no existe una manera simple y única de conocer la voluntad popular, es necesario acordar una serie de prácticas y normativas que

posibiliten traducir en decisiones concretas esa voluntad. Lo primero a definir es ¿quiénes constituyen el pueblo?, eso significaba decidir cómo estaría integrado ese *país legal* –distinto al *país real*– constituido por quienes estaban en condiciones de elegir los cargos de gobierno y aspirar a que se les elija. La primera gran diferenciación en este aspecto estuvo referida a si era necesario demostrar cierto nivel de propiedad o de preparación para ser parte del pueblo elector. En este aspecto, a pesar de la supervivencia durante largo tiempo de criterios más restringidos de calificación –que, por ejemplo, negaban el derecho de votar a la población no propietaria o analfabeta– el principio que fue decantando como general fue el del sufragio universal. La institución del sufragio universal nació tempranamente con la constitución *jacobina* de 1792, aunque casi no llegó a ponerse en práctica en ese momento, para volver a tener una nueva irrupción –también en Francia y también efímera– después de la revolución de 1848. Sin embargo su generalización en Europa y otros territorios occidentales, incluida América Latina, se dio recién durante la *Era del Imperio*, es decir fines del siglo XIX y principios del XX (Hobsbawm, 1989, cap. IV).

En todos estos casos nos referimos a sufragio universal *masculino*. Aún debió pasar más tiempo para que las mujeres fueran consideradas parte integrante del cuerpo político de las naciones. A menudo se presenta la lucha por la inclusión femenina plena en las cuestiones políticas como un proceso posterior que vino a complementar los avances en materia democrática, sin embargo, ese debate aparece simultáneamente con el nacimiento de las nuevas ideas, marcando desde un principio la contradicción expuesta por un sistema que declamaba la igualdad, a la vez que mantenía a las mujeres en un estatus de segunda categoría.

Aunque podamos identificar hitos que sin dudas constituyeron avances de la democratización política, como la generalización del sufragio universal masculino y el reconocimiento igualitario de los derechos políticos de las mujeres, es necesario entender que la historia de la democracia no es la de un camino lineal y prefijado hacia un ideal predeterminado. La democracia es siempre una construcción incompleta y, como señala Rosanvallon (2002, p. 21), no es demasiado fructífero abordar ese proceso como el de “una experiencia fracasada o una utopía traicionada”, sino más bien como un desarrollo lleno de incertidumbres, indeterminaciones y desencantos por el cual *la polis* va buscando y delineando su forma. No aparecen cuestiones saldadas de forma definitiva cuando hablamos de democracia. Basta considerar que las formas de los sistemas político-electorales de las distintas naciones son muy variadas hasta el día de hoy, y combinan prácticas novedosas como las del voto electrónico, con otras más tradicionales que casi no se modificaron desde los primeros tiempos de la ampliación de estos. Otras discusiones como la de la obligatoriedad o no del sufragio, los formatos de las boletas, la modalidad de elaboración de las listas, el rol de los partidos políticos y hasta la ubicación y cantidad de las mesas receptoras de votos son habituales en los sistemas democráticos y generan constantes cambios. Las formas en las cuales se intenta traducir ese principio abstracto de la voluntad popular en prácticas concretas, siempre es modificable y depende de los valores, anhelos, intereses y disputas de poder entre los sectores sociales involucrados.

La ampliación democrática y la irrupción de las masas en la política potenciaron tensiones que estaban en germen desde el comienzo mismo del ciclo revolucionario contemporáneo.

Una de las fundamentales estuvo dada por la contradicción entre *la razón y el número*. A pesar de que la racionalidad y la nueva legitimidad basada en la voluntad popular tenían un origen común y relacionado, no estaban exentas de contradicciones ¿cómo enfrentar el hecho de que las masas pudieran accionar de manera irracional?, ¿qué privilegiar cuando la mayoría no coincidía con las minorías ilustradas, supuestas representantes de *la razón*? No fueron pocos los sectores y personajes que habiendo estado de acuerdo en teoría con la democracia, se desencantaron rápidamente ante lo que interpretaban como un desvío atribuible a la barbarie de las masas o la demagogia de la dirigencia. Esta tensión está íntimamente relacionada con otra, la que apareció entre liberalismo y democracia: ¿Hasta qué punto era posible combinar el derecho a la libertad de los individuos, y la *carrera abierta a los talentos*, con la obligación de tener que acatar los designios de las mayorías? A medida que los intereses de la burguesía y los sectores obreros y populares se diferenciaban, la ideología liberal y el ideal democrático, también lo hacían.

## Liberalismo, nacionalismo, socialismo

Otra de las grandes cuestiones del momento, junto con la de la ampliación democrática, fue la referida a la forma que adoptarían los gobiernos que se constituirían en reemplazo del Antiguo Régimen y cuáles serían las ideas que los regirían. Este debate tomó especial densidad a partir del frustrado intento de Restauración que siguió a la caída de Napoleón Bonaparte en 1815. Tras la derrota de Napoleón las monarquías vencedoras se propusieron un objetivo que rara vez, o nunca, funciona en la vida de las sociedades: intentar volver el reloj atrás como si determinado acontecimiento, en este caso la Revolución Francesa, jamás hubiera sucedido. El Congreso de Viena de 1814 intentó restaurar el sistema de monarquías absolutas en una Europa que ya había sido trastocada irreversiblemente por la doble revolución. Las fuerzas sociales que habían motorizado la revolución comenzaron desde ese momento a preparar el contra ataque con algunas ventajas con respecto al primer estallido de 1789: las próximas revoluciones serían más planificadas y tendrían además la experiencia acumulada del período anterior. Esta experiencia incluía la consideración de aquellas situaciones que no deberían repetirse, pero también la aceptación de que no todos los sectores que se oponían al gobierno de la aristocracia compartían los mismos intereses. Tres tendencias principales se disputaron el escenario político durante el siglo XIX: el liberalismo moderado, la democracia radical o social y el socialismo. Las dos primeras, encarnaban de alguna forma, la reivindicación de las distintas etapas por las que había transitado la Revolución Francesa: la de la monarquía constitucional y el espíritu girondino, por un lado, y la de la república jacobina por el otro. El anclaje histórico del socialismo, como veremos más adelante, fue más variopinto. Posteriormente la irrupción del nacionalismo complejizó aún más el variado universo ideológico político del siglo.

## Ascenso y auge del liberalismo

El *largo siglo XIX* fue tanto el de ascenso y consolidación de la burguesía como el de preponderancia de la ideología liberal. En los dos siglos anteriores se construyeron los pilares del liberalismo como ideología racional y secular, cimentada en la confianza en las habilidades individuales de los seres humanos y en la ilimitada potencialidad del progreso de la humanidad en un mundo abierto a la *carrera de los talentos* y despojado del lastre del pensamiento mágico y religioso. Cuando a partir de las revoluciones burguesas estos principios debieron pasar del papel a la acción, se demostraron menos sólidos y coherentes. Sus pilares económicos parecían más robustos: la defensa de la propiedad privada y de la libertad de empresa y de comercio se volvieron casi intocables, tal vez, como asegura Hobsbawm (1997), porque la confianza en el triunfo definitivo del capitalismo era más fuerte que el que la propia burguesía tenía sobre su papel político.

Durante la Restauración el liberalismo terminó de tomar forma como ideología concreta y fue bandera de resistencia ante el intento aristocrático de extinguir el ímpetu revolucionario. La distinción entre sectores moderados y radicalizados era apenas perceptible y, salvo en Inglaterra, aún no se visibilizaban claramente ideologías propias de la clase obrera. El conservadurismo aparecía como el enemigo común de la burguesía revolucionaria y los sectores populares. Esa época fue de balance y resignificación del proceso revolucionario francés. Las distintas consideraciones acerca de los errores y aciertos del mismo dieron nacimiento a diferentes diagnósticos y propuestas con respecto a lo que vendría.

### Los movimientos de 1830

A pesar de ciertas *concesiones* hacia el liberalismo realizadas por Luis XVIII (1814-1824) – el borbón restaurado en el trono y hermano del decapitado Luis XVI – los sectores burgueses no abandonaron nunca la idea de tomar nuevamente las riendas del poder en Francia. En 1830 una revolución derrocó a su sucesor Carlos X (1824-1830), hermano también de ambos Luises, y menos afecto a la inclusión de principios liberales en su gobierno. La revolución, como todas las revoluciones, fue multifacética. Podían identificarse en su seno a sectores de la alta burguesía, liberales, republicanos, y también a las primeras expresiones políticas del proletariado francés. El gobierno que emanó de aquel levantamiento fue expresión del triunfo del liberalismo sobre el Antiguo Régimen, a la vez que mostraba de manera patente los miedos que en gran parte de la burguesía perduraban en relación a la etapa de radicalización jacobina de la revolución pasada. Se esquivó la posibilidad de una nueva república instaurando una monarquía constitucional a cuya cabeza estaba Luis Felipe de Orleans (1830-1848), que avanzó muy moderadamente en la ampliación democrática de la sociedad francesa evidenciando una vez más las crecientes tensiones que existían entre liberalismo y democracia. Marx señaló que el poder real quedó en aquella ocasión en manos de una fracción de la burguesía, la burguesía financiera, que se beneficiaría directamente de los negocios con el Estado, relegando al resto de

los sectores que habían participado del derrocamiento de Carlos X. Del otro lado del canal, en Inglaterra, también se vivía un encumbramiento del liberalismo, sin revolución pero con un aumento de la participación política y la consolidación de un sistema bipartidista que dividió el escenario político entre *Whigs* (conservadores) y *Tories* (liberales). La época también fue marcada por la irrupción en Inglaterra de expresiones propias de la clase obrera, como la Unión General *owenista* y sobre todo, desde 1837, el movimiento *cartista*, que acrecentaron los temores de los sectores más moderados.

A medida que se confirmó el triunfo del liberalismo y las nuevas ideas en Francia e Inglaterra, y desapareció la alternativa *restauracionista*, se fue apagando el encono ante el “enemigo común” que representaba la aristocracia y se hicieron cada vez más patentes las divisiones entre conservadores, liberales y radicales dentro de la alianza *anti-nobleza*. Una y otra vez se daría la dinámica descrita por Hobsbawm para las revoluciones en la cual el bando más conservador luego de la victoria se acercaba a los antiguos enemigos para evitar el peligro de un desborde radical. Los nuevos alineamientos se revelaron con mayor claridad en las revoluciones de 1848.

## El ciclo revolucionario de 1848

Los años 1848 y 1849 fueron testigos de una serie de levantamientos revolucionarios en Europa. En gran medida estos levantamientos expresaban a los sectores de la burguesía que buscaban replicar en sus países las revoluciones que habían dado nacimiento a nuevos sistemas de gobierno en otras latitudes. A la vez, sin dejar de ser liberales, estas revoluciones presentaban novedades de gran importancia. Eran románticas, nacionalistas, más democráticas y en algunos sitios expresaron la irrupción definitiva de la clase obrera en el escenario político.

### El nacionalismo

Ya desde la década anterior abundaban las demostraciones de que el avance de las nuevas ideas y la nueva estructura de clases en Europa movilizaban las aspiraciones de autonomía de diferentes nacionalidades. A *La joven Italia* organización fundada por Giuseppe Mazzini para pelear por la creación de un Estado italiano se le sumaron *La joven Austria*, *La joven Bohemia*, *La joven Ucrania*, *El joven Tirol* y *La joven Irlanda*, también fundadas por él o inspiradas en su ejemplo. Múltiples nacionalidades que se percibían encorsetadas por la autoridad austrohúngara, rusa, papal o por la aristocracia de los futuros territorios italiano y alemán, reclamaban el derecho a existir como Estados y a gobernarse en base a la soberanía popular. A los argumentos racionales se sumaba la épica identitaria del sentimiento nacionalista, muy a tono con la avanzada romántica. El romanticismo venía postulando desde hacía décadas que era un error pensar que el ser humano pudiera ser reducido a su carácter racional, y el creciente sentimiento nacionalista parecía corroborar esta afirmación. El nacionalismo complejizó aún más el escenario político del siglo XIX, cortando de manera transversal a los sectores políticos que ya vinimos distinguiendo.

De esta manera fue posible encontrar dentro de las huestes nacionalistas un abanico de expresiones que incluyeron corrientes republicanas, monárquicas, radicalizadas y moderadas. En general los sectores más radicalizados del nacionalismo proponían como objetivo ideal la conformación de repúblicas democráticas, unitarias y centralizadas, mientras que desde la moderación las propuestas eran más conservadoras ante el temor de que el nacimiento de los nuevos Estados llegara acompañado de la revolución social.

Los levantamientos tuvieron en común un rápido ascenso, así como también, en casi todos los casos, una rápida derrota. Para agosto de 1849, salvo en Francia, el *statu quo* había sido restaurado en todos los territorios. Los proyectos nacionalistas como el italiano y el alemán, debieron esperar hasta 1861 el primero y 1871 el segundo para terminar de conformarse. Otros Estados no terminarían de consolidarse sino hasta después de la finalización de la Primera Guerra Mundial, e incluso más avanzado el siglo XX. El ímpetu revolucionario tuvo que ver con la masiva participación de las masas pobres en las revoluciones, lo que llevó a que la disyuntiva original planteada entre *progreso* y Antiguo Régimen fuera virando hacia un enfrentamiento entre “orden” y “revolución social” que acobardó a los sectores moderados, explicando en parte la desaceleración de dicho ímpetu. El levantamiento francés fue un muy buen ejemplo de ello.

### **Francia y el sueño de la democracia social**

En Francia ya se habían alcanzado varios de los objetivos por los que las burguesías de otras partes de Europa estaban luchando. La existencia de un Estado Nación consolidado y constitucional comandado por una porción de la burguesía y compatible, al menos parcialmente, con el principio de soberanía popular había sido reinstalado por la revolución de 1830. Sin embargo los límites de ese régimen, incluso para vastos sectores de las clases medias, quedaron en evidencia en el alzamiento de 1848. En febrero de ese año los grupos de la burguesía republicana en alianza con sectores organizados de la clase obrera forzaron la dimisión del rey Luis Felipe de Orleans e instauraron la Segunda República Francesa. Esta nueva república contemplaba una mayor ampliación democrática y fue una de las experiencias pioneras de implementación generalizada y efectiva del sufragio universal masculino. También se planteaba, al menos en la teoría, la utopía de una democracia social en la cual el Estado asegurara otros derechos más allá de aquellos contemplados en la Declaración de 1789. El gobierno instaurado en 1848 fue el primero en incluir representantes de las clases obreras dentro de su funcionariado y establecer instituciones como la *Comisión de Trabajo* y los *Talleres Nacionales*, que reconocían el derecho al trabajo en condiciones dignas como un principio universal que debía ser resguardado por el Estado. A pesar de que los hechos demostrarían que su implementación no era prioridad para la naciente república, su sola existencia marcó un hito en la lucha de la clase obrera por sus derechos. La elección constituyente de abril, realizada bajo el principio del sufragio universal masculino, deparó un resultado dominado por conservadores y moderados, que envalentonó al gobierno para cerrar la *Comisión de Trabajo* y los *Talleres Nacionales*. Esta situación inició una escalada de tensión y violencia entre el gobierno y las masas trabajadoras que culminó en el

alzamiento obrero de junio –otro hito de la resistencia proletaria– que fue ahogado en sangre por la represión encabezada por Louis-Eugène Caivagnac. El pensador conservador Alexis de Tocqueville nos dejó una detallada crónica de la forma en la cual los distintos sectores de la burguesía – republicanos, monárquicos, moderados y radicales – junto a los representantes de la disminuida aristocracia forjaron una épica común en su lucha contra aquel levantamiento obrero. Al mismo tiempo, Marx expresaba *la revolución ha muerto, viva la revolución*, dando cuenta de que aún condenada al fracaso esa expresión del proletariado estaba preparando el camino para una futura victoria obrera. El giro reaccionario de esta Segunda República se confirmó con las elecciones de diciembre, ganadas por Luis Napoleón y que serían el origen del Segundo Imperio Francés (1852-1870). Este debut del sufragio universal en la elección de gobernantes dejó claro tanto para quienes le temían como para quienes había depositado sus esperanzas en esta forma de expresión de la voluntad popular que, una vez más, la realidad se demostraba más compleja que la teoría.

## La clase obrera y los socialismos del siglo XIX

A diferencia del siglo XX en el cual socialismo y marxismo fueron prácticamente sinónimos, durante el siglo XIX se vieron florecer diferentes ideologías reconocidas genéricamente como *socialismos* y que, en mayor o menor medida, planteaban impugnaciones al capitalismo. Estas ideologías tuvieron diferentes orígenes pero son inseparables del ascenso del capitalismo industrial y por ende de la clase obrera, aunque en muchos casos no fueran necesariamente *obreristas* e incluso ni si quiera se nombraran a sí mismas como *socialistas*. Es frecuente ubicar en las ideas de Claude-Henri de Rouvroy, conde de Saint-Simon –habitualmente mencionado como Henri de Saint-Simon (1760-1825)– los orígenes del *socialismo moderno*, aunque veremos que otras corrientes más antiguas también ejercieron su influencia en el siglo XIX. Saint-Simon comenzó a escribir a principios del siglo y aunque le reconocía al liberalismo la capacidad de erosionar y destruir al Antiguo Régimen, desconfiaba de su capacidad para dar cuenta de las complejidades de los nuevos tiempos y planificar la futura sociedad *industrial*. Saint-Simon unificaba en el término *industriales* tanto a quienes poseían los medios de producción como a quienes vendían su fuerza de trabajo, y ponía en esa nueva gran clase la responsabilidad de comandar el mundo que hasta ese momento había estado en manos de aristócratas y curas. Su objetivo consistía en organizar *tecnocráticamente* al capitalismo industrial de manera armónica y justa. No sorprende que la potencial diversidad interpretativa de estos principios haya generado corrientes de pensamiento tanto *por izquierda* como *por derecha*.

Saint-Simon junto con Charles Fourier (1772-1837) y Robert Owen (1771-1858), y también Etienne Cabet (1788-1856) –aunque este último no aparezca nombrado en el clásico trabajo de Engels que les dio nombre– son identificados como *socialistas utópicos*. Esta etiqueta tan instalada puede llamar a confusiones. El término *utópico* genera dos consecuencias poco constructivas. A pesar de que Engels no dejaba de ponderar el trabajo de estos *fundadores del socialismo*,

al separarlos tan tajantemente del *socialismo científico* los condenó a ser considerados posteriormente como una suerte de *inicio malogrado* de una ideología que recién con el marxismo encontraría su *mayoría de edad*. En segundo lugar, además de subestimar las diferencias que presentaban entre sí, sobreestima su carácter *utópico*. Estas corrientes echaron mano de la imagen de la *utopía* como metodología, pero también fueron decididamente prácticas y concretas en sus propuestas, así como se propusieron incidir significativamente en la política de sus sociedades, en sus organizaciones e instituciones. Todas estas figuras tenían en común una mirada a la vez fascinada y preocupada acerca de los cambios sociales que mostraba el siglo. El capitalismo industrial les provocaba, igual que a Marx, una sensación de que la humanidad podía romper límites hasta ese momento desconocidos, y a la vez, el temor de que esa potencialidad generara una situación de desigualdad y explotación también inéditas. Se proponían, como señala Harvey (2008, p. 86), “poner el mundo al derecho” o al menos enderezarlo un poco.

Las figuras e ideas del *socialismo utópico*, o socialismo romántico, tuvieron su auge en el período ubicado entre los dos ciclos revolucionarios que presentamos. David Harvey asegura que entre 1830 y 1848 florecieron los sueños utópicos y las políticas revolucionarias, en un ámbito de diversidad y amplio debate, en el cual las propuestas de Saint-Simon, Fourier y Cabet se cruzaron con las de muchas otras personalidades, como las de Flora Tristán (1803-1844), Auguste Blanqui (1805-1881), Louis Blanc (1811-1882), Pierre-Joseph Proudhon (1809-1865) y Pierre Leroux (1797-1871). Aunque Saint-Simon no llegó a vivir el período de mayor intercambio y debate de ideas en torno a los socialismos, sus ideas fueron replanteadas una y otra vez por esos días. Las militantes *saint-simonianas* llegaron a tener un diario propio, *La tribune de femmes*, desde el cual defendían el derecho al divorcio y a la regulación y organización del trabajo femenino. También las ideas de Fourier acerca de que el despegue o declive de las sociedades podía verse reflejado en el mayor o menor respeto hacia la condición social de la mujer, influían en las ideas igualitarias sobre el género, de las cuales Flora Tristán, la pensadora socialista y feminista francesa de raíces peruanas, fue su mayor exponente. Flora no llegó a ver el estallido revolucionario de 1848, pero su figura y sus trabajos a favor de la unión obrera y la emancipación femenina dejaron su impronta en las ideologías contemporáneas. Las posiciones de Fourier con respecto a la condición femenina nacieron en el marco de sus novedosas ideas sobre la necesidad de que las formas de organización del trabajo, y de la sociedad en general, contemplaran las necesidades de placer y felicidad de los seres humanos. La civilización debía dejar de ser represora de impulsos y sentimientos, para construir en torno a la plenitud emocional de las personas. Sus proyectos de comunidades agrarias auto-organizadas, los *Falansterios*, describían de manera detallada, y a veces excéntrica, las formas de combinar trabajo y placeres.

Otros socialistas de la época como Louis Blanc, integrante de la efímera *Comisión del Trabajo* de la revolución del '48, tomaron de Saint-Simon sobre todo la idea de que los cambios debían ser pacíficos, progresivos y racionales, y por eso mismo se lo señala como uno de los padres del reformismo socialdemócrata. Blanc postulaba que era el Estado quien debía organizar el trabajo y asegurar el derecho al mismo y a las condiciones laborales dignas. Pierre-Joseph Proudhon mostró su oposición a este tipo de ideas, señalando que nada bueno podría salir desde la

organización estatal. La auto-organización obrera y la desaparición del Estado eran los pilares de sus ideas anarquistas. Esos postulados de avanzada chocaban con una visión tradicional sobre el papel de la mujer: para Proudhon la familia era sagrada y su atención y mantenimiento, una responsabilidad femenina.

Ettiene Cabet fue, junto a Proudhon, de las figuras más populares entre la clase obrera durante el período 1830-1848. Las ideas de ambos con respecto a la propiedad privada, a menudo llevan a que se los reconozco como pioneros en la presentación del comunismo, como una propuesta radicalizada de socialismo. Sin embargo Cabet consideraba que utopías socialistas, como su *Icaria*, debían construirse en un entorno armonioso, donde la lucha de clases y la violencia no tenían demasiado lugar. Más claramente revolucionario en las formas se presentaba Auguste Blanqui, otro pionero del comunismo. Blanqui reivindicaba la tradición de la *Conspiración de los Iguales* de François Babeuf de 1796, que le había llegado de manera directa a través de Filippo Buonarroti y desconfiaba de cualquier detallada planificación utópica del futuro. En una de sus frases más conocidas, se quejaba de que tanto Cabet como Proudhon se distraían “a la orilla de un río discutiendo si el campo que está al otro lado es de maíz o de trigo. Cruzemos el río y veamos”. Blanqui desconfiaba de los métodos pacíficos y de la democracia, postulaba que solamente una vanguardia convencida podría construir una sociedad realmente igualitaria y se lo señala como el precursor del concepto de *dictadura del proletariado*.

### La especificidad inglesa

El sistema político inglés fue capaz de sobrellevar con menos turbulencias estas épocas de profundos cambios económicos, sociales y políticos. La vida política se fue estructurando sobre la base de un escenario bipartidista dominado por liberales y conservadores. La movilización y organización de la clase obrera inglesa, durante mucho tiempo la más importante de Europa, también tuvo especificidades que la fueron llevando por un sendero más reformista que revolucionario, y terminaría en la fundación de su propio gran partido de masas: el laborismo. Estas consideraciones no implican sugerir la existencia de una situación exenta de conflictos. Los inicios de la década del '30 encontraron a un proletariado cada vez más identificado con su propia condición y reclamando como colectivo por sus condiciones de vida, de trabajo y de acceso a la ciudadanía, como se evidenció en las movilizaciones a propósito de las propuestas *whig* de ampliación de representación conocida como *Reform Bill* de 1932. El clima social general venía recalentándose luego de la revolución de julio de 1830 en Francia y de otros movimientos europeos. La agitación popular fue creciendo al punto de generar en la monarquía y los sectores conservadores temor a que una revolución social realmente pudiera tener lugar en Inglaterra, y entre los sectores populares la esperanza de que esta fuera posible. Owen lideró la puesta en práctica de su idea de *unión general* de la clase obrera, a través de la organización y la participación sindical. En Inglaterra no sólo se consolidaba la conciencia de clase obrera, sino que además se expresaba en formas organizativas concretas, y a pesar de que aún se cruzaba con ideologías y prácticas preindustriales iba creciendo en su especificidad proletaria. El movimiento

cartista fue expresión de esa tendencia. Nacido en 1836, obtuvo su nombre de la presentación que hizo de su *Carta del Pueblo* en la que exigían al Parlamento Inglés seis puntos referidos sobre todo a la representación política: sufragio universal masculino, voto secreto, sueldo para parlamentarios y abolición del requisito de propiedad, elecciones parlamentarias anuales y reconfiguración más igualitaria de las circunscripciones electorales. Aunque sin abandonar la acción directa, las movilizaciones y revueltas, el *cartismo* confiaba, como bien puede verse en sus exigencias, en el poder cuantitativo de la clase obrera y la democratización del Estado como vía para superar las crecientes desigualdades e injusticias de la sociedad industrial. A pesar de no alcanzar acabadamente sus objetivos y de desaparecer en 1848, el *cartismo* dejó su impronta en el movimiento obrero inglés. En ese marco de creciente sindicalización, politización y participación formal en el sistema político de la clase obrera, se dio la fundación en 1900 del Partido Laborista como expresión política de los sindicatos ingleses.

## Los partidos de masas de la clase obrera: reformismo y parlamentarismo

El último gran levantamiento revolucionario del siglo XIX fue el de *La Comuna de París*. La Comuna nació en 1871 en el marco de la derrota de Francia en la guerra franco prusiana y el fin del Segundo Imperio. Este levantamiento fue pionero en la historia de las revoluciones lideradas por el proletariado y su corto período de existencia, de apenas más de dos meses, es tomado como la primera experiencia de gobierno obrero. Ideológicamente el levantamiento de la Comuna estaba inspirado en ese universo variado de socialismos e ideologías obreras del que estuvimos dando cuenta y en el internacionalismo proletario que se expresó en la fundación en 1864 de la *Asociación Internacional de Trabajadores*, llamada retrospectivamente *Primera Internacional* ya que a su disolución en 1876 le siguieron las fundaciones de otras asociaciones internacionales. Una vez más, como en 1848, el intento autónomo del movimiento obrero fue reprimido violentamente por el gobierno burgués con un saldo de miles de víctimas fatales. Y también una vez más, la experiencia dio cuenta tanto de las potencialidades como de las limitaciones que presentaba aún la organización obrera.

Tanto para represores como para reprimidos el acontecimiento dejó enseñanzas. Para las fuerzas de la burguesía, que la organización obrera era cada vez más poderosa y que sus objetivos ponían en riesgo su hegemonía como clase social. Para las fuerzas proletarias, que el Estado burgués tenía una capacidad de represión difícil de superar. En ese marco la idea de una ampliación democrática a través del sufragio universal se presentaba como un mal menor para la burguesía, y para las organizaciones obreras una forma de intentar llegar al poder evitando la represión. A partir de ese momento y en las décadas siguientes nacieron en gran parte de Europa los partidos políticos de la clase obrera –conocidos generalmente como *socialdemócratas*, pero también *socialistas*, *obreros* y *laboristas*– que, donde era posible, participaron de la contienda electoral para acceder a los parlamentos y los gobiernos. Los motorizaba la certeza de que si se cumplía la predicción de Marx de que la clase obrera estaba llamada a ser mayoría en las

sociedades industriales, el sufragio universal podía ser la herramienta que tradujera esa supremacía cuantitativa en poder político. Esta confianza en la participación legal de la clase obrera en la lucha por el poder se volvió mayoritaria en Europa, pero no descartó que hubiera sectores que mantuvieron viva la idea de la insurrección revolucionaria. Esto fue especialmente cierto en aquellos sistemas políticos –Rusia fue el ejemplo más claro– reacios a acceder a la democratización de las prácticas. Además de los grupos marxistas más radicalizados, también el anarquismo, con el renovado liderazgo ideológico de Mijaíl Bakunin (1814-1876), siguió desconfiando de las ilusiones que despertaba la participación dentro del sistema político burgués.

Los partidos socialdemócratas tuvieron un rol decisivo en el período, no solamente en cuanto a la organización de la clase obrera, sino en general en el proceso de ampliación democrática. En cuanto a lo primero es fundamental resaltar que la mayoría de las centrales sindicales de los países europeos nacieron con posterioridad y motorizadas por estos partidos (Inglaterra, dónde fueron los sindicatos agrupados a nivel nacional quienes crearon el Partido Laborista, fue la excepción). En cuanto a lo segundo, los partidos obreros fueron parte, y en gran medida inspiración, de la experiencia más amplia de nacimiento de los grandes partidos de masas. Estos nuevos partidos modernos estaban preparados para movilizar al electorado masivamente y además presentaban otras características: eran agrupaciones permanentes, es decir, no se armaban simplemente para una elección en particular, pretendían tener alcance nacional y, además, eran *Estados en potencia*, lo que significaba que debían estar preparados para tomar el control de la administración pública en caso de ganar las elecciones. Por otra parte, aunque los liderazgos personales seguían teniendo un rol decisivo, estos nuevos partidos eran *programáticos e impersonales*, es decir, presentaban una serie de ideas y propuestas que los identificaban más allá de las personas que los dirigían o se candidateaban. En el caso de los partidos socialdemócratas la ideología que los representaba, y que se hacía cada vez más fuerte como identidad de vastos sectores de la clase obrera, era el marxismo. El auge de estos partidos obreros y de su ideología constituyó el momento a partir del cual las ideas de Marx se convirtieron paulatinamente en hegemónicas dentro del movimiento socialista, situación que se mantendría durante todo el siglo XX. Estos partidos se mostraron electoralmente competitivos y una gran cantidad de ellos, u organizaciones derivadas, aún existen, y en algunos casos ejercen el poder en sus respectivos países, aunque considerablemente alejados de aquellos orígenes marxistas y proletarios.

La situación de confianza en las fuerzas cuantitativas del proletariado y la opción por la participación legal, el desarrollo electoral y el parlamentarismo fueron la tónica general de las organizaciones obreras, al menos donde la ampliación democrática de los sistemas políticos lo permitían. Había en esas miradas una innegable fe en el progreso de las sociedades y en el creciente rol histórico de la clase obrera, y cierta ingenuidad en torno a cuánto –y cómo– defendería la burguesía el rol hegemónico por el que había luchado y que se había consolidado durante todo el siglo XIX. El horror de la Primera Guerra Mundial y, sobre todo, la Revolución Rusa de 1917, demostrarían que de ninguna manera el debate sobre las formas de la participación política del proletariado estaba saldado.

## Referencias

- Anderson, P. (1983). La noción de revolución burguesa en Marx. *Revista Realitat*.
- Casali de Babot, J. y de Privitellio, L. (2001). Las revoluciones burguesas y los sistemas políticos del siglo XIX. En Cristian Buchrucker, Julio Aróstegui y Jorge Saborido (coords.), *El mundo contemporáneo: historia y problemas*. Barcelona: Ed. Biblos, Crítica.
- Díaz, Hernán M. (2020). *De Saint-Simon a Marx. Los orígenes del socialismo en Francia*. Buenos Aires: Biblos.
- Eley, G. (2002). *Un Mundo que Ganar. Historia de la Izquierda en Europa, 1850-2000*. Barcelona: Crítica.
- Engels, F. (1975). *Del socialismo utópico al socialismo científico*. Buenos Aires: Anteo.
- Evans, R. (2017). *La lucha por el poder. Europa 1815-1914*. Barcelona: Crítica.
- Harvey, D. (2008). *Paris, capital de la modernidad*. Madrid: Akal.
- Hobsbawm, E. (1989). *La era del Imperio (1875-1914)*. Barcelona: Labor.
- Hobsbawm, E. (1991). *Naciones y Nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica.
- Hobsbawm, E. (1997). *La Era de la revolución. 1789-1848*. Barcelona: Crítica.
- Hobsbawm, E. (1998). *La Era del Capital*. Buenos Aires: Crítica.
- Lichtheim, G. (1990). *Breve historia del socialismo*. Madrid: Alianza.
- Marx, K. (1985). *La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850*. Barcelona: Planeta-Agostini.
- Rosanvallon, P. (2002). *Por una historia conceptual de lo político*. Buenos Aires: FCE.
- Thompson, E. P. (2002). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Barcelona: Crítica.
- Tocqueville, A. (1984). *Recuerdos de la revolución del 48*. Madrid: Editora Nacional.